

# Miedos, como legos

*Alfonso Nava*

*Para Esther Cabrera*

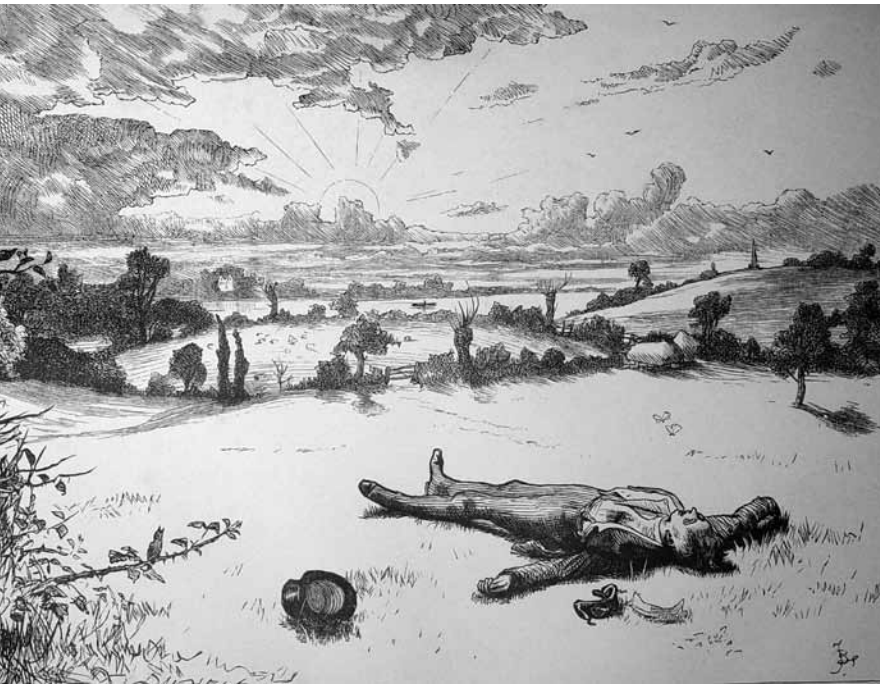


Ilustración: F. Bamard para *The life and adventures of Nicholas Nickleby* de Charles Dickens, 1875

I

CONOCÍ LA NIEVE LA MAÑANA del 8 de enero de 2010. El día que ejecutaron a Valentín.

II

Cuando era niño, durante la madrugada, escuchaba golpes en las paredes, movimiento de muebles, platos rotos. Con las almohadas construía un muro alrededor de la cama para guarecerme. Atribuyo a ese fenómeno el inicio de todos mis miedos. Un tío me dijo, a propósito del asunto: “el miedo es falta de información”. Su teoría me salvó. Pude explicarme cualquier fantasmagoría gracias a las cuatro magnas energías cósmicas (mi credo es el electromagnetismo). Pero no dejé de ser un cobarde. Años después, tras un ataque de pánico, mi tío se volvió cristiano.

Ya en la universidad, mi amigo Irving me confesó que su mayor miedo era la esquizofrenia, que muchas veces había presentado en él esa fragilidad. Su manera de enfrentar ese miedo era, para mí, justamente lo opuesto al miedo: se documentaba sobre psicología y fármacos, había visitado (no como paciente) hospitales psiquiátricos. Cuando le conté la teoría de mi tío, respondió que eso era poner un velo, hacer trampa. Al confrontar al miedo se revelan aspectos de uno mismo, me dijo un día bajo la buena

sombra del panteón de Xoco, o quizá fue en los pasillos del Centro Médico Siglo XXI, cuando intentamos entrar al anfiteatro. Esas exploraciones tanatológicas eran parte de su confrontación.

### III

Nunca supe, como Irving, con tal certeza, cuál era mi mayor miedo. Consideré que la suma de los miedos, como si fueran legos, me iba a conducir a la definición de mi carácter y a revelar ese miedo mayor. Pero no: sólo he acumulado hábitos generados por viejos miedos y los repito en circunstancias distintas. Por ejemplo, en ocasiones de tensión nunca contesto el teléfono pues lo considero un emisario de malas noticias; eso surgió luego de una bancarrota de papá por la cual nos acosaban seis bancos distintos. Otra es que cualquier insinuación me hace sentir como un criminal, sin juicio ni tortura; tal vez eso se deba a que mi hermano mayor escondió por años su acervo porno bajo mi cama y cuando lo hallaron nadie dudó de mi culpabilidad. Otro ejemplo: creo que las situaciones que me atemorizan se originan por un desacomodo en el orden cósmico: cambiar de lugar los botes del especiero, vaciar el cenicero con un número non de colillas, negar una limosna. El peor ha sido pensar que el miedo es producto de la osadía irreflexiva, de no tener herramientas lógicas. Me ha salido caro este hábito, incluyendo oportunidades claras de adulterio.

Bofetadas posteriores me llevaron a diferenciar entre simples hábitos y terrores auténticos. Tengo amigos cuyos miedos surgen por la mala broma de una proteína que no se sintetiza en el cerebro. ¿Cómo confrontar esos miedos, ubicuos y espontáneos? Un desamparo similar sufrimos los que aguardábamos,

en la redacción, tras la muerte de Valentín, alguna instrucción de los jefes, que no llegó.

### IV

Trabajé con Valentín dos años en el periódico. Él era el reportero estrella de Saltillo. No redactaba bien, pero era el maestro de las exclusivas. Esa fue su fama y su condena. Apareció el 8 de enero de 2010 bajo la nieve, con una cartulina en el plexo que contenía un mensaje. Muchos elegimos no saber más detalles.

En la redacción, intenté calmar a una compañera. Le dije que eventualmente este nuevo miedo se volvería inofensivo, que se instalaría junto a otros miedos menores. Tras un instante, como respuesta canturreó muy divertida el fragmento más conocido de una baladita ridícula: “Tengo miedo/ de decirte que te quiero y no quererte./Tengo miedo/ de vivir, pero también temo a la muerte”. Después se recompuso y dijo que no existen miedos menores. “El miedo es uno y es culero”, remató.

El año transcurrió entre precauciones. Yo trataba de salir a reportear lo menos posible. Mi fuente no era de riesgo —cultura—, pero por mi cercanía a Valentín me sentí vulnerable. Una tarde se corrió el rumor de que el periódico tenía amenaza de granadazo y no pude más. Renuncié. Cerré el año en números rojos. El 2011 se inició con un frío de -17° que reventó las tuberías de la casa. Una semana de gastos mayores, sin agua. El frío que solía amar se convirtió en señal de mal agüero. Al miedo inicial se sumaron desatenciones, furias, paranoias y sobrepeso. Para junio, la mujer con la que vivía me solicitó el divorcio.

Una noche decidí emprender un proyecto de novela en el que pudiera descifrar la raíz de mis temores. Mi procedimiento era simple: iba a infundirme “miedos”

y luego iba a consignar la experiencia. Pero ya lo dije, soy un cobarde. Uno de los retos fue salir por cigarrillos a las nueve de la noche. Diez pasos después, volví trotando. Durante un insomnio, recurrí a una fuente de miedo que nunca me ha fallado: “La vida de las estrellas”, capítulo 9 de la serie *Cosmos*, de Carl Sagan, todo un “concierto para desventura y orquesta” sobre lo que le ocurriría al planeta en caso de una explosión solar. Una idea saltaba a la vista: desastres así ocurren siempre y nadie en el cosmos se da cuenta. Estamos solos.

Pero no lo entendí. La novela cambió de tema: uno sobre el derecho a la vileza. Pensé que la tesis de Irving funcionaba porque, al concentrarse en un miedo mayor, se blindaba ante otros miedos. Soy una construcción de muchas furias, me dije, y me propuse capitular a todos mis miedos antes de que aparecieran. Inicié una novela que tenía mucho de berrinche, nada de arte y muy poca honestidad. Se me agotó pronto.

Luego pensé que el amor me salvaría del miedo. Me enamoré un par de veces tras mi divorcio, pero sólo vi gradaciones de los mismos desgastes y emociones. Cada escena de miedo, en cambio, siempre me había resultado inédita. “No hay nada serio en la vida, pues lo que es polvo carece de valor”, escribe Schopenhauer a su hermana, “¿Qué son, entonces, las pasiones eternas ante esta miseria?” Si el miedo es uno y es cabrón, entonces sí es serio. El amor no.

v

El 7 de enero de 2012, estaba en la calle cuando recibí la llamada: mi hermano mayor me informó que a mamá le iban a realizar una biopsia. Hacía frío. Al colgar, en el reflejo de una ventana vi mi nariz roja por el frío. Recordé de inmediato (quizá para evadirme) la primera vez que vi la nariz roja de Johanna, en la secundaria; era una chica muy bella, muy pálida, de voz

ronca. Mi predilección por el frío nació allí, el día que me enamoré por primera vez. Desde entonces, nada he disfrutado tanto como los paseos contra el viento helado. He visto esa nariz roja en mis sobrinos pequeños, en mujeres que me gustan, en mujeres que no tolero, y siento de nuevo esa efervescencia. Al ver mi reflejo de nuevo, tuve una revelación: si todo lo malo se inició con una nevada, quizá también terminaría con una nueva que cerrara el ciclo. Pero no fue un pensamiento esperanzador. Mi deseo implicaba, según Heidegger, “permanecer en la pequeñez mientras se enfrenta el terror secreto ante todo lo que es comienzo”. Aún así, como Openheimer ante el hongo nuclear, dije en un suspiro: “Ojalá nevara”.

Pero no nevó.

vi

Pocos días después fui con mamá al Centro Médico Siglo XXI. Sentí que nunca había estado allí. Entramos a oncología. Mujeres delgadas, cabezas sin cabello, rostros indescifrables nos recibieron. Pensé que esa postal no le vendría bien al ánimo de mamá. Pero al mirarla, encontré su rostro digno y bello. Días antes se había preguntado por qué a ella. Ahora, sin provocación, afirmó: “Mira, bien jovencitas, y tan valientes. Aquí no me siento sola”. Sonreímos.

Poco antes de nuestro turno, una chica de unos treinta años salió de la unidad de radioterapia. Sus ojos eran grandes, bonitos. Tenía la nariz colorada por la radiación. Le sonreí como si estuviera flirteando.

vii

He vuelto al DF, mi ciudad. Las nevadas son improbables, pero cada noche en casa, antes de dormir, salgo al patio a aguardar el prodigio mientras fumo. ■■■

